

de encina delicadamente esculpida y barnizada cuyos herrajes brillaban cual pulido acero ó bruñida plata.

Los altos tejados de pizarra delicadamente imbricados y papelonados, trazaban sobre el claro cielo líneas agradablemente correctas, simétricamente interrumpidas por grandes chimeneas, en cada uno de cuyos lados se veían esculpidos trofeos y otros atributos. Disformes ramos de plomo, de un adorno macizo, se levantaban en cada ángulo de aquellos tejados de azul violáceo, en los que á trechos brillaba alegremente el sol. De las chimeneas, aunque fuese temprano y la estación no exigiese todavía rigurosamente fuego, se escapaban nubecillas de ligero humo, testimoniando una vida dichosa, abundante, activa. Montados en robustos caballos, algunos guardabosques traían caza para la comida del día; otros conducían provisiones que recibían los reposteros, y por el patio veíanse cruzar numerosos lacayos llevando ó ejecutando órdenes.

Nada más risueño á la vista que el aspecto de aquel castillo, cuyas flamantes paredes de ladrillo y piedra parecían tener los colores de un rostro joven y lleno de salud, ni nada como él demostraba con mayor fuerza una prosperidad ascendente, en pleno apogeo, aunque no súbita como place á los caprichos de la Fortuna distribuir á sus favoritos de un día. Bajo aquel lujo nuevo se sentía una riqueza antigua.

Un poco hácia atrás del castillo, á cada lado de sus alas, elevaban sus ramas corpulentos árboles seculares, cuyas copas presentaban tintes azafranados, pero cuyo follaje inferior ofrecía aun una vegetación vigorosa. Era el parque que se extendía á lo léjos, vasto, umbrío, señorial, atestiguando la prevision y la opulencia de los antepasados; pues el oro, que puede hacer brotar rápidamente los edificios, no podría acelerar el crecimiento de los árboles, cuyas ramas aumentan paulatinamente como las del genealógico de las casas que cubren y protegen con su sombra.

Sin embargo de que el buen Sigognac no había jamás sen-



ERA EL PARQUE QUE SE EXTENDIA Á LO LÉJOS, VASTO, UMBRÍO, SEÑORIAL.

tido en su honrado corazón la mordedura de la envidia cuyo verde veneno mezclado con la sangre se esparce hasta las más recónditas fibras, no pudo reprimir un suspiro al pensar que en más venturosos tiempos los Sigognae disfrutaban de mayor ascendiente que los Bruyeres, por ser de nobleza más antigua y ya notoria en tiempos de la primera cruzada. Aquel castillo fresco, nuevo, elegante, blanco y encarnado como las mejillas de una joven, adornado con todos los refinamientos y magnificencias, hacia una sátira involuntaria y cruel de la pobre mansión desmantelada, hundida, cayendo en ruinas en medio del silencio y el olvido, nido de ratones, percha de buhos, hospicio de arañas, próximo á derrumbarse encima de su señor, que lo había abandonado el último instante para no verse aplastado bajo sus escombros. Todos los años de fastidio y de miseria que el Barón había pasado en él, desfilaron ante sus ojos, con los cabellos cubiertos de ceniza, libreas ajadas, abiertos los brazos, en actitud de desesperación profunda y la boca contraída por rebelde bostezo. Sin causarle envidia, no podía menos de tener por muy dichoso al marqués.

Al detenerse la carreta delante de la gradería, Sigognae recobró conciencia de sí mismo, y haciendo un esfuerzo, apartó de sí del mejor modo que pudo tan intempestivas melancolías, sorbió, con arranque viril, una lágrima que germinaba furtivamente en sus ojos, y saltó al suelo con actitud resuelta para tender la mano á Isabel y á las comediantas cuyos guardapiés, hinchados por el viento matinal, les estorbaban.

El marqués de Bruyeres, que de lejos había visto venir el cortejo cómico, estaba de pié en lo alto de la gradería del castillo, vestido con jubón de terciopelo color de tabaco, calzones de lo mismo, medias de seda cenicientas y zapatos blan-

cos de cuadrada punta, todo elegantemente guarnecido con cintas en consonancia con las prendas que componian el traje.

Descendió el de Bruyeres algunos peldaños de la escalera, construida en forma de herradura, como huésped atento que no mira muy de cerca la condicion de sus convidados, condescendencia que, por otra parte, la presencia del baron de Sigognac entre la compañía podia en rigor justificar.

El marqués, juzgando no ser digno ir más léjos, se detuvo en la tercera grada, y desde ella hizo á los cómicos una señal amistosa y protectora.

En aquel momento la doncella sacó por entre la abertura del toldo su vivaracha y sagaz cabeza, que se destacaba sobre fondo oscuro, radiante de luz, de gracia y de pasión. Sus ojos y su boca lanzaban rayos. Inclinóse, medio cuerpo fuera del carro, con las manos apoyadas en la baranda de madera, dejando ver parte de su garganta por la abertura de su no muy cerrado camisolin, y como aguardando que viniesen en su socorro. Sigognac, ocupado con Isabel, no hacia caso alguno del fingido apuro de la astuta jóven, quien levantó hácia el marqués una mirada reluciente y suplicante.

El castellano de Bruyeres entendió la llamada. Salvó rápidamente las últimas gradas de la escalera y se acercó á la carreta para cumplir sus deberes de caballero servidor, con la muñeca tendida y el pié avanzado cual bailarín. Con movimiento listo y coqueton como el de una gatita, la Doncella se lanzó al borde del carro, vaciló un instante, fingió perder el equilibrio, rodeó con sus brazos el cuello del marqués y saltó al suelo con la ligereza de una pluma, imprimiendo apenas en la arena la huella de sus diminutos piés.

—Perdonad,—dijo la jóven al marqués, simulando una emoción que estaba léjos de experimentar,—creí que iba á caer y me he cogido á la rama de vuestro cuello; cuando uno se ahoga ó cae, se agarra donde puede. Una caída, por otra parte, es cosa grave y de mal agüero para una comedianta.

—Permitid que mire como un favor ese pequeño inci-

dente,—contestó el señor de Bruyeres, conmovido de haber sentido contra su pecho el estudiadamente palpitante seno de la jóven.

Serafina, que con la cabeza medio inclinada sobre el hombro y con la pupila soslayada habia visto casi de espaldas aquella escena, con esa celosa perspicacia de las rivales á quien nada escapa y que equivale á los cien ojos de Argos, no pudo ménos de morderse los labios. Zerbina (tal se llamaba la doncella), por un golpe familiarmente atrevido, se habia puesto en intimidad con el marqués y se hacia, por así decir, dispensar los honores del castillo en detrimento de los primeros papeles; ¡demasiá condenable y subversiva de toda gerarquía teatral!

—Mirad la negrilla, necesita de marqueses para ayudarla á bajar de la carreta,—dijo en voz baja Serafina con lenguaje poco digno del tono amanerado y ampuloso que afectaba al hablar.

Pero el despecho, entre mujeres, sean estas duquesas ó coquetas, emplea de buena gana las metáforas de verdulera y de playa.

—Juan,—dijo el marqués á un criado que á un gesto de su amo se habia acercado,—haz conducir esta carreta al patio interior y colocar las decoraciones y accesorios que contiene bien al abrigo debajo de algun cobertizo; dí que lleven las maletas de esos caballeros y de esas damas á las habitaciones designadas por mi intendente, y que se les dé todo aquello de que hayan necesidad. Espero que se les tratará con respeto y cortesía. Vé.

El marqués, despues de dadas estas órdenes, volvió á subir con gravedad la escalera, no sin haber dirigido, antes de desaparecer bajo la puerta, una libertina mirada á Zerbina que le contestó con una sonrisa demasiado graciosa, segun Serafina, contrariada por la insolencia de la doncella.

La carreta de bueyes, acompañada del Tirano, del Pedante y del Intrigante, se dirigió hácia un patio interior, y con

ayuda de los criados del castillo pronto se hubo extraído de su caja una plaza pública, un palacio y un bosque bajo la forma de tres largos rollos de tela vieja; se sacaron además candelabros de modelo antiguo, para los himeneos, una copa de madera dorada, un puñal de hojalata cuya hoja penetraba en el mango, madejas de hilo encarnado destinado á simular la sangre de las heridas, un frasco con veneno, una urna cineraria y otros adminículos indispensables en los desenlaces trágicos.

Un carro cómico contiene un mundo entero. En efecto, ¿el teatro no es la vida en compendio, el verdadero microcosmos que buscan los soñadores filósofos? ¿No encierra en su círculo el conjunto de las cosas y los diversos destinos humanos representados al vivo por ficciones congruentes? Esos montones de trajes viejos, usados, empolvados, manchados de aceite y de sebo, adornados con galones de oro falso enrojecido, esas órdenes de caballería, de talco y vidrio, esas espadas antiguas con vaina de cobre y hoja de hierro embotada, esos cascos y diademas de forma griega ó romana ¿no son como la prendería de la humanidad donde vienen á vestirse para revivir un momento, á la luz de las velas, los héroes de tiempos que fueron? Una inteligencia mezquina y vulgarmente prosáica poco caso hubiera hecho de aquellas pobres riquezas, de aquellos miserables tesoros de que el poeta se contenta para engalanar su fantasía y que con la ilusión de las luces junto con el prestigio de la lengua de los dioses le bastan para cautivar el ánimo de los más descontentadizos.

Los criados del marqués de Bruyeres, que como lacayos de buena casa eran tan insolentes como pudiese serlo el señor, tocaban con la punta de los dedos y con ademán de desprecio aquellos andrajos dramáticos que ayudaban á colocar debajo del cobertizo, disponiéndolos de la manera que les indicaba el Tirano, director de la compañía; les rebajaba, según ellos, servir á histriones; pero el marqués se lo había

ordenado, y fuerza era obedecer, pues éste no era blando tratándose de rebeliones, y mostraba una generosidad asiática en materia de azotes.

Con igual respeto que si hubiese tenido que servir á reyes y princesas verdaderos, el intendente vino, con bonete en mano, á buscar á los cómicos y conducirlos á sus respectivos alojamientos.

En el ala izquierda del castillo se encontraban las habitaciones destinadas á los visitantes de Bruyeres, y para llegar á ellas subíase por hermosas escaleras de blanca piedra con espaciosos rellanos; seguían largos corredores embaldosados á cuadros blancos y negros, iluminados por una ventana en cada extremo y en los cuales daban las puertas de los cuartos destinados á los cómicos, cuartos cuyas puertas estaban tapadas con cortinas de igual color que el de las colgaduras interiores á fin de que cada huésped pudiese cómodamente reconocer su habitación. Había el cuarto amarillo, el cuarto rojo, el cuarto verde, el cuarto azul, el cuarto ceniciento, el color de tabaco, el de los tapices, el de piel de Bohemia, el de las ensambladuras, el de los frescos, y otros nombres análogos que guste el lector imaginar, pues una enumeración más extensa sería demasiado fastidiosa, y más que por un novelista, parecería hecha por un tapicero.

Todas aquellas habitaciones estaban amuebladas con elegancia y provistas no sólo de lo necesario, sí que también de lo agradable.

A Zerbina le cupo el cuarto de los tapices, uno de los más elegantes y mejor dispuestos para el amor mitológico y voluptuoso; á Isabel el azul, color que sienta tan bien á las rubias; el de color rojo á Serafina, y á la Dueña el de color de tabaco, como adecuado á su edad por lo severo de su tono.

Sigognac fué instalado en el cuarto colgado de piel de Bohemia, no lejos del de Isabel; delicada atención del marqués, pues aquella habitación magnífica no se cedía más que á huéspedes de importancia; pero el castellano de Bruyeres